

## VI

## El Greco en casa

Cuando la paz más profunda parecía reinar entre nosotros, cuando vivíamos con una tranquilidad más propia de una Isla-limbo que de una ídem terrestre, un trastorno de esos que dejan señales en el curso de la vida vino á turbar nuestro reposo.

Sabida es la admiración de Zuloaga por el Greco, contestada por nosotros por un eco de alabanzas ; el respeto rayano en fanatismo sentido por nuestro amigo hacia aquel maestro español y el afán de seguirle cual discípulo y conocer sus creaciones ; pues bien, hay que añadir á lo dicho que aquella admiración de Zuloaga, sentida y expresada á puñetazos de palabra vigorosa, fué madurando en su espíritu y en él echando raíces, hasta convertirse en devoción intensísima.

En casa no se habló más que del Greco. Estudiábase su vida, como estudiá un ermitaño la vida de su santo predilecto, conocíamos de nombre los parientes del artista, supimos por los libros, (bien dados casi siempre) los nombres de sus discípulos, sus viajes de ida y vuelta y su manera de vestirse y desnudarse, llegamos á ser eruditos en su época (aunque nos pese confesar esta flaqueza digna de gente aprovechada), indagamos donde tenía sus obras, compramos fotografías de sus cuadros, y pusimos en claro que la supuesta locura del artista le

fué atribuída por los mansos, gente de testa cerrada y cortos de entendimiento que, incapaces de comprender lo que ve la potencia creadora del poeta, le califican de loco para no sentar plaza de ignorantes.

¡ Loco el Greco ! ; Loco porque no seguía, ni podía, ni quería seguir la frías reglas del dibujo académico ! ; Porque idealizaba y robustecía la línea ! ; Porque sentía el horror de sujetarse á la pauta niveladora del vulgo ! ; Porque dejaba á la mano que siguiera al pensamiento en el más allá sublime, en la vía imaginaria que sólo siguen los genios ! ; Pobres genios si tuvieran que fiarse del sufragio universal, y pobre Greco teniendo que pasar por loco á los ojos del gran rebaño del mundo !

Como una sombra cariñosamente amiga, la imagen de ese gran Greco pasó á ser en nuestra casa un Comendador simpático, que hubiera hallado un plato en nuestra mesa y ocho manos dispuestas á estrechar la suya ; teníamos su retrato como un cuadro de familia, y Zuloaga, sobre todo, en arranques de entusiasmo al recuerdo del maestro, con su gran musculatura y fuerte voz, hacía temblar el piso, crugir los muebles y danzar la vajilla aquella que por obra de alquiler tenemos en poder nuestro.

En plenos entusiasmos, un día (día de júbilo, como decía el padre Amores), llegó Zuloaga jadeante, sudando y con los ojos saliéndole de las órbitas. De un sólo empuje arrancóse el sobretodo, echó el sombrero y dejóse caer en la otomana, rendido de cansancio y de emociones. « El Greco (exclamó al fin sofocado), dos Grecos. Dos grandes Grecos. España. Barato. En venta, recién llegados,

San Pedro y Santa Magdalena. — ¡ Válgannos ellos dos! (Contestamos) Pero ¿ qué pasa? — Dos Grecos firmados, espléndidos, con fondo de nubes, armonización amarilla, violetas y sepulcro. — Bueno : pero ¿ qué sepulcros ni ocho cuartos ?

— ¿ Dónde están? ¡ Silencio! Los traerán dentro de poco. Abrid las puertas. Calma sobre todo y no dejarse entusiasmar. Apartar este enredo de muebles (puntapié) y hacer sitio al Greco, ó lo rompo todo á puñetazos. Los van á subir en seguida, preparaos y sangre fría ante todo. —

No la tuvo Zuloaga, y volvió á salir conmovido, y al cabo de poco rato oímos gran estruendo en la escalera y vimos que subían los dos Grecos. Realmente tuvimos que contenernos. ¡ Qué entrada, Santo Dios ! ¡ Qué rayo de color en nuestra casa ! ¡ Qué bendición de cuadros nos traían y nos dejaban caer en nuestros brazos ! Comprámoslos sí, y nos parecieron de balde, y miramos alejarse al vendedor con temor de que volviera á llevárselos.

El grito que lanzamos, al quedar solos con ellos, fué de los que saltan diapasones y no pueden describirse, de los que dan patente merecida de locura á los ojos del prudente vecindario. Bailamos, rompimos, para hacer broma, dos jarrones de la china, braceamos y caímos los unos en brazos de los demás, en un viva entusiasta. Jordá juró que iba á darles « publicidad » y á lanzarlos en una serie de artículos por los ámbitos del mundo. Uranga, tan callado hasta aquel día, rompió el habla ; yo pensé en llevarlos á Sitjes, y Zuloaga, sobre todo, tuvo seriedades vestidas de frases solemnes, golpes

de formidable lirismo y arranques soberbiamente elocuentes.

Como dijo, ó como dió á entender nuestro amigo, era uno San Pedro y el otro Santa Magdalena.

Lleva el santo una túnica amarilla de un amarillo suave y vigoroso al mismo tiempo; muestra desnudo el brazo nervioso y enérgicamente pintado, y sostiene las dos llaves. Sobre un cuello de músculos contraídos, tiene la cabeza en escorzo, y sus ojos, su nariz, sus labios y su barba parecen pintados con fiebre, con misticismo terrible, con algo de un oculto y palpitante sufrimiento. En la boca, casi cerrada, destácase un solo diente como un punto realista, un diente que firma la obra ; una pincelada blanca que parece ser la última ; y la figura, recia y creada con soberana energía, destácase sobre un fondo misterioso, una corona de yedra, una negrura, un mar lejano y entrevisto, y el ángel blanco de la tumba, destacándose con sólo luz por dibujo.

La Santa está pintada en armonía distinta ; es más dulce, más tendida en un lecho de colores abrasados, descrita en palabras más suaves. Los ojos grandes, grandísimos y metidos dentro del peso de su frente, están húmedos de cariño y violáceos de dolor ; cae recta la nariz, la boca es curvada por dos pliegues entre carmines rojizos; el cuello, larguísimo y oculto entre los cabellos, deja advinar un cuerpo histérico y enfermizo con primores virginales y ángulos de sufrimiento. Pero no es eso lo que encanta de los Grecos.

Es ese dibujo ingenuo, esa falta de ciencia, ese colmo de pasión de una mano que corre por orden del pensamiento, torpe á veces, á fuerza de obede-

cer, y grandiosa de lo que llaman locura los pobres hombres correctos.

Eso amábamos en los cuadros y mirábamos los cuatro, y al pensar que eran nuestros y que el Greco en sus obras se encontraba entre nosotros, volvíamos á gritar como energúmenos en catalán y en vasconce, que en aquel momento tan solemne no sabíamos otra lengua, y era tal la algarabía que metíamos y con tal encarnizamiento, que la conserje asustóse, y en la casa entera, hasta en los modestos pisos, se enteraron del suceso. Aquella fué una entrada triunfal como pocas se cuentan en los ya largos libros de la interminable historia; fué una visita de príncipe en casa de unos campesinos, un golpe brusco y violento que recibimos sin preparación ninguna.

Por de pronto, no acertábamos á colocarlos dignamente. Ya apartábamos el piano, ya echábamos los cachivaches al suelo ó descolgábamos espejos y los llevábamos á un rincón de la cocina; en ningún punto encontrábamos la luz que se merecían y que queríamos darles. Hablóse en serio de hacerles una capilla con sus cirios encendidos, de ponerlos bajo dosel, de escribir una larga y nutrida letanía de alabanzas, de mandar telegramas á los amigos y parientes con noticias de tan fausta nueva, y de fortificar la isla. Todo el día lo pasamos con las telas, yendo de una pared á otra, llevándolas en nuestros brazos como si fueran juguetes que nos trajeran los Reyes, y cuando vino la noche, no pudiendo ya contenerse Zuloaga, nos dijo en tono fervorosísimo: « Amigos míos, este es el día más feliz que recuerdo de mi vida. Uno, fui expresamente á Toledo para

ver el « Entierro » del gran Greco, y hoy me devuelve la visita. Velázquez es grande, pero grande es su profeta. Delante del Greco, boca abajo todo el mundo... » y llorando cuasi y conmovido, dió un terrible puñetazo y besó la frente de los Santos delante de nosotros, que quedamos compungidos.

Pasó la noche, y al despertar á la mañana siguiente, oímos gritar á Zuloaga: « *Madame, apportez-moi les Grecos* y colóquelos con cuidado delante mismo de mi cama. » Allí los llevó la conserje, y nuestro amigo sacando la cabeza por entre las sábanas, púsose á declamar fervientes admiraciones: « Si vieras que bien entonan á esa luz de la mañana, (oía decirle desde mi cama), ¡ qué fondo y qué azul del cielo! ¿ Te has fijado bien en la mano de la Santa? Madame, lleve ese cuadro á mi amigo. » Traíalo la *madame*, y yo miraba la mano y la armonía de grises y violetas, y á poco los cuadros volvían á ser reclamados por mi amigo. « ¡ Qué manto! — volvía á decir. — ¡ Qué amarillo de esos que ya no se usan! ¿ Has visto el ocre que empleaba esa gente, y el modo como nos estafan los fabricantes de colores? *Madame*, (quiero que veas ese ocre), llévase otra vez San Pedro. » Otra vez me traían á San Pedro, y él y Santa Magdalena se pasaron la mañana yendo de una cama á otra, traídos y llevados en brazos de la conserje, que empezaba á sentir recelos de nuestra poca cordura ante aquel raro trastorno.

Levantóse Zuloaga, y llena el alma de *júbilo*, salió á dar la nueva á nuestros amigos, á contar á quien quería escucharle el gran acontecimiento, y ¡ ay! del que no se interesaba por el Greco; ya po-

día dar por perdida la amistad de nuestro amigo y prepararse á recibir una mirada de desprecio. Con tal chaparrón de elogios, empezaron las visitas á menudear en nuestra casa, cesó la paz en nuestra isla, el timbre de nuestra puerta, acostumbrado al silencio como Uranga, rompió también á sonar como timbre de despacho notarial, de los que tienen clientela, y tuvimos que vestirnos con nuestras mejores prendas y cambiarnos á menudo el cuello de la camisa, á fin de ir recibiendo á los conocidos del Greco.

Uno de los primeros fué Lobre, pintor francés de gran talento, que habiendo estudiado el Museo de Madrid, conocía á fondo los pintores españoles. Miró con detención los dos cuadros, y el goce del artista que contempla una belleza pintóse en sus inteligentes ojos. « Amigos míos, — dijo Lobre, — habeis adquirido una gran cosa. » « Ya lo creo, — le contestó Zuloaga, — ¿ quién es capaz de dudarle? Como que el Greco se puso los pantalones de su época, y tiene nervio para comerse un museo. Eso son bemoles de pintura y no pamplinas. Eso es pintar al por mayor, y con el seco tirar todos los palos al suelo. » « Dentro de su género, — añadió Lobre, — no cabe duda que el Greco tuvo grandísimo talento. » « ¡ Talento! ¡ Talentazo, voto á tal! » (Zuloaga) y sino... (puñetazo sobre la mesa) que lo diga el mismo Velázquez desde el cielo de su gloria. Que lo diga ó no, todos estamos de acuerdo; y abrid las puertas, que vienen otras visitas.

Fué Erik Satie, que entraba con gran sigilo y lacio comedimiento. El músico griego de antes (1)

(1) Véase, las cartas « Desde el Molino. »

llegaba convertido al misticismo, pero á un misticismo terrestre con asomo de anarquista. Maestro de capilla platónico de la sociedad de arte metropolitano, desea, junto con su flamante partido, formar una devoción nueva vistiéndola con un arte primitivo, que ataque á la sociedad por la vista con la pintura, y con la música por los oídos; así es que hallando en el sentimiento del Greco algo de antiguo y de nuevo que se amoldaba á sus extrañas creencias, empezó á gritar alabanzas á los cuadros de tal modo y á ponerles por encima de las nubes de tal otro, que ya desde entonces al prudente forastero que llegaba le mirábamos con lástima y le enseñábamos los Grecos como favor especialísimo.

Así sucedió con Alexandre, el crítico al parecer furibundo, á juzgar por sus artículos y que resultó el hombre más amable y bonachón; así pasó con otros compañeros de academia, y con algún marchante de cuadros que los vió con los ojos de la codicia, y sobre todo, con un conservador del Louvre, que se dignó pasar á la isla llevado del fausto acontecimiento.

Pareciéonos el guardador de obras maestras uno de esos hombres eruditos que conocen los defectos de los cuadros y no disfrutan sus bellezas, como sabe un sabio veterinario los defectos de un caballo, sin gozar de su hermosura. Con aire sobrio y severo, díjonos aquello que ya sabíamos y mucho más que nos tenía sin cuidado; la firma fué lo que le dio más confianza para creer que eran auténticos, é impuesto de su misión, mirólos con serio detenimiento — Estos Grecos, señores, (nos dijo rompiendo á hablar), son entre la segunda y tercera época de

vuestro compatriota. No son de los mejores Teotocópoli, ni tampoco de los peores. Son dos buenos Grecos, y uno de ellos nos convendría en el museo. — ¡ Ya lo creo! — dijo Zuloaga, en un arranque sublime, mirándolo de arriba á bajo. Los Grecos son siempre cuadros de museo, señor mío, y esto ya lo sabíamos desde nuestra tierna infancia. Lo que hay, es que el Greco que tienen ustedes en el Louvre fué pintado por el hijo. — No lo creo, (dijo el conservador). — Pues puede usted estar seguro, (le contestó Zuloaga), en vista de lo cual y de que solventaban cuestiones de familia, entrando en la vida privada de las cenizas del Greco, intervinimos nosotros y la cosa acabó en santa armonía.

En cambio, otro día, oímos un escándalo de gritos en la sala, que nos puso en sobresalto. — ¡ Imbécil ! ; (gritaba Zuloaga á un visitante). ¡ Idiota, estúpido y majadero ! ; Tener la poca vergüenza de dudar de la autenticidad de esas dos obras maestras ! ; Tenerla y decirlo sin que te caiga la cara de rubor por esa blasfemia artística ! ; No ves la firma, so bruto ! ; Y necesitas verla acaso, para ver si son verdaderos ! Apártate y aléjate, que si no me inspiraras lástima y no estuviéramos delante de los Grecos, te reventaba aquí mismo. — No lo reventó por cierto, por los motivos que adujo en su controversia, pero no dejó de darle un buen par de puñetazos, lo que disgustó en gran manera al forastero, prometiéndose en sus adentros no ver más pintura española mientras durara su vida.

Como se vé, la agitación que había entrado en la nuestra, desde que el Greco andaba por milagro entre nosotros, era cosa inaguantable.

La sombra de aquellos cuadros nos llenaba el piso de tal modo, que no nos dejaba sitio : teníamos escamados á los amigos más íntimos, continuaban viniendo los compradores á la casa, y un día nos dijo la atribulada conserje, que desde que aquellas telas habían puesto los pies en nuestra alfombra (?), no se podía vivir en la isla, y que por lo tanto se marchaba al continente.

Marchóse, ¡ ay ! y nos quedamos los seis: dos Grecos y cuatro amigos.

Marchóse, y solos con ellos, llevámoslos al comedor á la hora de comer, al estudio á las horas de trabajo, y á la sala en los momentos de descanso, y por la noche, antes de ir á retirarnos, Zuloaga miraba por todo el piso, daba dos vueltas más á la llave, y atrancaba la puerta con un sillón Luis XIV.

---

## VII

### Un rato al Continente

Oye, Uranga, — le dijo Zuloaga á nuestro amigo — ten presente que nos vamos y te confiamos los Grecos. Por tus venas corre bastante sangre española, y, con ella y tu buena voluntad, esperamos que los sabrás defender delante del extranjero, ya que aquí abundan los extranjeros que es una bendición del cielo. Tú callas, porque esta es tu costumbre,